

PIAY AUGUSTO, Diego. *Prisciliano: Vida y muerte de un disidente en el amanecer del Imperio cristiano*. Ed. TREA, Paredes Angulares, 2019, 151 pp. [ISBN: 978-84-17767-12-9]

Es esta una obra breve pero con gran trasfondo para el conocimiento actual sobre la figura de Prisciliano, sobre la cual se ha escrito muchas veces y en diferentes contextos pero nunca en forma de biografía. Pese a existir gran número de artículos y monografías sobre esta atractiva figura (Babut, E. (1909). *Priscillien et le Priscillianisme*; Ramos Loscertales J. M.^a (1952): *Prisciliano: Gesta rerum*; Chadwick, H. (1978) *Prisciliano de Ávila. Ocultismo y poderes carismáticos en la Iglesia primitiva*; Cabrera Morero, J. (1983). *Estudio sobre el priscilianismo en la Galicia antigua*; Giudice, H. M. (2008): *Prisciliano y la Biblia*); o los trabajos más recientes de María Veronese y S. J. G. Sánchez, la investigación innova aportando un enfoque biográfico desde una perspectiva basada en las fuentes históricas clásicas trabajadas con absoluto rigor y sin caer en vagas opiniones personales. Ese es precisamente el objetivo del autor, que se expresa sin ambages en las páginas iniciales del libro «solo al lector corresponde la tarea de juzgar al más insigne de los priscilianistas».

Opinión aparte merece el enfoque, también aclarado desde un comienzo. El autor fusiona un formato de ensayo accesible a todos los lectores en un texto de gran trasfondo científico. Las notas al pie de página son las esenciales, sin detenerse en las tesis de otros investigadores, pues su objetivo es ofrecer una biografía amena basada

únicamente en las fuentes disponibles. La presente monografía se estructura en siete capítulos que incluyen una introducción, precedida por un prefacio y un breve prólogo. La obra se completa con un anexo de imágenes, lugares, personas, bibliografía y notas del autor (pp. 119-151), sin duda complemento útil y necesario en este tipo de obras, que carecen en general, de un aparato gráfico que acompañe y enriquezca el texto. Enriquecedoras son también las digresiones del autor sobre las ciudades que vivieron episodios importantes dentro de la historia de Prisciliano.

Sobre su contenido resulta esclarecedor para una correcta interpretación del mismo, la introducción (pp. 17-28) donde se desarrolla el periodo convulso (hablando del ámbito religioso) en el que vivió Prisciliano (350-385). Se dedican unas pinceladas al arranque del cristianismo y la espiral de violencia, en primer lugar contra cristianos y posteriormente contra paganos, dado el cambio social acaecido en la antigüedad tardía con el triunfo de esta nueva religión. Conversiones de emperadores, desde Constantino, se sucedieron a excepción del apostata Juliano. El autor introduce las principales fuentes registradas sobre los crispados arranques del cristianismo: las cartas de Simaco, leyes teodosianas, el edicto de Tesalónica o el trabajo de Ausonio entre muchas otras.

El capítulo segundo «La llamada del Nazareno (350-379)» (pp. 29-44) permite situar el contexto biográfico de nuestro protagonista. «Priscillianus» nació en algún lugar de Hispania a mediados del s IV. Dada la escasez de fuentes sobre parte de su vida, el autor no discrimina todas las hipótesis

vigentes sobre sus orígenes, extraídas de lecturas como una *Carta de Jerónimo a Ctesifonte* o pasajes de Sulpicio sobre la posibilidad de que estuviera casado, de que su patria fuera Mérida, la Galia o incluso la Bética. Para completar los episodios menos conocidos de la biografía de Prisciliano, el autor emplea siempre fuentes del período, devolviendo la voz a sus protagonistas. Esto hace que el lector se sumerja en un pasado remoto escuchando a todos aquellos que vivieron en tiempos del obispo abulense.

Cobra fuerza la procedencia galaica y los siguientes párrafos repasan un resumido marco histórico sobre la situación de dicha provincia en época de nuestro protagonista en relación a la política administrativa de Diocleciano, y por otro lado, presenta el contexto poblacional y económico de la zona: factorías, villas, núcleos urbanos, etc.

Así mismo, sobre la educación, se deduce de las fuentes que a Prisciliano se le inculcó el paganismo aunque acabaría abrazando el cristianismo. Fue Prisciliano un hombre formado que conoció los textos de grandes autores como Virgilio y Homero (aunque no se confirma que dominase el griego). También se formó en astrología, adivinación y artes místicas tal y como el lector puede observar en el *Commonitorium* de Orosio.

Parece ser que fue en su juventud cuando entra en contacto con las nuevas creencias del s. I d. C. En ese momento escucha hablar de Jesús y sus seguidores. El Evangelio cambió su forma de ver la vida y así plasmó sus pensamientos en obras como el *Libro Apologético* o el *Libro a Dámaso*.

Poco a poco sus palabras cobran fuerza entre los grupos cristianos.

El tercer capítulo bautizado como «Un elocuente cristiano accede al episcopado (380-381)» (pp. 45-60), recoge el panorama vigente en Córdoba como sede episcopal, que se enfrenta a los peligros de la doctrina priscilianista, que según las primeras acusaciones, propugnaba la lectura de textos apócrifos, y la celebración de rituales mágicos en unión de mujeres desnudas. Poco a poco, parece ser que la inquietud del foco cordobés se extendió incluso fuera de los límites hispanos tal y como se recoge en los textos de Filastrio, al cual el autor nos acerca con la lectura de un extracto del *Catálogo de Herejías*. Comprendemos de este modo, por qué la doctrina priscilianista no encajaba en el dogma cristiano y como así, los obispos reunidos en Zaragoza solicitaron a nuestro protagonista una profesión de fe. El problema no se resolvería.

Las siguientes páginas extienden el pensamiento y obras de Prisciliano, facilitando un entendimiento en conjunto de su ideología en su propio contexto histórico para advertir cómo Prisciliano llega a ser obispo de Ávila.

El cuarto capítulo «El viaje a Roma (381-383)» cierra la disputa sobre la oposición entre Hidacio y Prisciliano con una clara victoria del primero en su diatriba a nuestro personaje y consigue que en el 381 se dicte la expulsión de los priscilianistas. El autor nos describe entonces el viaje a Roma de Prisciliano y sus compañeros, y su enfrentamiento con Ambrosio, prolijamente conocido mediante el relato de Sulpicio. Se aprovecha de este modo el tema en particular para introducir al lector en el mundo de las

comunicaciones viarias, calzadas y pasos del Imperio romano mediante citas de fuentes históricas pero también arqueológicas. Quizás de interés habría resultado para el lector, que el autor detallase de manera más extensa algunas ideas básicas sobre los principales ejes viarios que permitieran entender en mayor profundidad por donde fueron los pasos de Prisciliano hasta llegar a Roma. Se termina el capítulo con la vuelta de Prisciliano a tierras abulenses en el año 383 y su enfrentamiento con el obispo Itacio.

La siguiente sección lleva por título «La espada al servicio de la Iglesia: los juicios de Tréveris, (385)» (pp. 81-96). Parece ser que la vuelta de Prisciliano a *Hispania* no fue calmada y las animadversiones continuaron brotando. El fondo de debate era la «errónea» concepción que Prisciliano tenía sobre la concepción de la Trinidad así como sobre el alma, que era «una parte de Dios o sustancia divina». Para llegar al contenido central del texto, los juicios de Tréveris, el autor avanza la situación de cómo se llega a éstos y cuál es el trasfondo histórico y político del Imperio romano, momento en el que los soberanos Valentiniano II, Teodosio y Máximo gobiernan. De este modo, se comprende perfectamente que Prisciliano en el Concilio de Burdeos apelase al emperador ante las acusaciones de obispos que le habían juzgado sin escucharle, siendo este el motivo que le condujo a la ciudad de Tréveris. Aquí el autor acude a las fuentes de Amiano Marcelino, Sulpicio y Rufino de Aquileya para explicar el baño de sangre que tiñó la ciudad ante los enfrentamientos religiosos que acaecieron por este juicio, así como las torturas

que sufrieron Prisciliano y algunos de sus seguidores, y las posteriores decapitaciones.

El penúltimo capítulo denominado «Un mártir para Gallaecia (385-400)» (pp. 97-112), arranca con la obra de 1370 de Pedro de Natalibus «XI libro de Catálogo de Santos» donde figuraba Prisciliano, a quien le otorga el título de «mártir». Esta sección tiene un enfoque centrado en la violencia vivida en todo el Imperio tras la muerte de Prisciliano, en el caso hispano, por la amenaza de Máximo para perseguir a los últimos priscilianistas. El autor se sirve entonces del texto de Sulpicio Severo para introducirnos en la corte de Máximo y revivir la actuación salvífica de Martín de Tours. Si bien es cierto que el hilo conductor de las siguientes páginas es conocer el devenir de los últimos priscilianistas, el investigador hábilmente ha sabido tejer empleando las fuentes disponibles un relato muy ameno con un compendio de lo acaecido en todo el Imperio entorno al final del s. iv. Por último, se presentan las pruebas que justificarían dónde fue enterrado prisciliano. Parece que fue en la propia Tréveris, aunque posteriormente se realizó un traslado de sus restos a Astorga, lo que provocó la expansión de su ideología por este territorio. Gracias a los juicios de Tréveris la figura de Prisciliano y sus seguidores se vio reforzada reivindicando ser los primeros cristianos en ser ajusticiados desde el edicto de Constantino.

El colofón de este ensayo es un breve capítulo titulado «Tiempos dramáticos y peligrosos (400)» (pp.113-118) que describe el final del s. iv y el resurgir de la doctrina priscilianista tras la muerte de Valentiniano II y Teodosio. Parece que para esta fecha

la mayoría de los obispos del noroeste hispano eran seguidores del difunto obispo abulense. Interesante resulta el Concilio de Toledo donde los obispos priscilianistas se retractaron (a excepción de Herenas) ante la presión de 19 obispos opositores. Pese a ello, al menos hasta el s. VII se documentan referencias relacionadas con el priscilianismo.

En conclusión, no cabe duda que este opúsculo, sin duda una obra de referencia (desde su publicación) sobre Prisciliano, expresa con gran detalle el

devenir histórico de esta ínclita figura dentro de su contexto, que destacó en la antigüedad por su gran intelecto y carisma. El autor ha sabido resolver de manera muy esclarecedora con una redacción accesible a todos los lectores, el complejo problema de reconstruir la vida de un personaje fundamental para la historia del Imperio romano de Occidente, como fue Prisciliano.

Patricia A. Argüelles Álvarez
Universidad de Salamanca
parguelles@usal.es